

LA CABAÑA

Alzad

Helena Pinén



Amanda Jefferson tiene el corazón herido, el cuerpo magullado y un secreto por el cual daría la vida. Cuando decide marcharse, consigue borrar sus huellas, hacer que Amanda Jefferson deje de existir. En su lugar, Mandy Jeff ha llegado a Blue Valley, un pequeño pueblo de Texas donde todos se conocen, un lugar donde ella siente que puede perder el miedo a vivir.

Al igual que la gente del lugar, Remington Montgomery se pregunta quién es esa mujer que se ha trasladado a la cabaña azul. De algún modo logra ver su coraza y entiende que su antigua relación ha sido oscura y terrible, pero está dispuesto a ser paciente y esperar su oportunidad para demostrarle que otro amor es posible.

Índice de contenido

Cubierta

La cabaña azul

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Para todos los que habéis creído en mí.

PRÓLOGO

Maxwell Summers había estado trabajando hasta tarde. Era su forma de desconectar y de olvidar que su última relación amorosa había sido un fracaso. Llevaba mucho tiempo trabajando como un loco, pero era la única forma de mantenerse cuerdo.

Aparcó el coche a dos manzanas de su portal. Debería alquilar la plaza de garaje que el señor Watanabe le ofrecía cada vez lo que veía en el ascensor; estaba cansado de dar vueltas por el vecindario para encontrar un hueco que aceptase su gran todoterreno.

Observó la lluvia golpear el cristal.

Hubo un tiempo en el que le gustaba regresar pronto a su apartamento. Él lo esperaba ahí, preguntándole qué tal le había ido el día y dispuesto a quitarle las pesadillas que lo acosaban de noche cuando las cosas se ponían feas. Pero desde que su relación se había roto, dos años atrás, Max odiaba volver a casa después del trabajo.

Sabiendo que no podía quedarse para siempre en el coche recordando tiempos mejores, suspiró y salió a todo correr.

Totalmente mojado, esquivó a una anciana que paseaba a su perro a pesar del diluvio que descargaba sobre sus cabezas, le gritó una disculpa y siguió corriendo en zigzag por la calle.

Derrapó frente el portal sin siquiera tener la respiración entrecortada. Era agente del FBI y estaba entrenado para

correr, por lo que aquella pequeña carrera no había supuesto un gran esfuerzo para él.

Sin embargo, parpadeó sorprendido al ver una figura agazapada junto a la puerta. Estaba abrazándose las rodillas, con el rostro escondido contra ellas. Era la viva imagen de la fragilidad.

Durante un momento, pensó que era una mujer sin techo, pero pronto vio la maleta a un lado y le resultó familiar. Tanto como aquella melena rubia, que se había oscurecido por la lluvia y que cubría el rostro de la chica.

Con un nudo en la garganta, puso un pie en el portal, mientras el agua le recorría la cara.

—¿Amanda?

La cabeza se alzó con lentitud y los ojos castaños que tan bien conocía se clavaron en él. Vidriosos, espantados. Sin la luz que los caracterizaba. Ni siquiera la piel, tersa y de color arena que los rodeaba, era como la recordaba. Tenía los párpados enrojecidos de tanto llorar.

Estaba visiblemente afectada por algo y Max supo por qué cuando se agachó a su lado y le apartó el pelo de la mejilla.

—Dios Santo... —susurró Max, con el corazón latiendo, errático pero trémulo, contra sus costillas. Intentó controlar la rabia que empezaba a hervir en su interior. Respiró hondo. No quería asustarla más de lo que ya estaba—. ¿Quién te ha hecho esto?

Ella apartó el rostro cuando rozó el hematoma que decoraba su pómulo izquierdo. Sin duda, alguien le había cruzado la cara de un buen revés, o le había dado un puñetazo. Era un golpe reciente, le dijo la voz de policía que llevaba dentro.

Le tocó de nuevo la cara, buscando alguna otra marca, pero Maxwell no encontró nada. No lucía ningún otro golpe, pero no pudo evitar preguntarse si tenía algún otro cardenal en el cuerpo.

Bajo las yemas de sus dedos notaba que estaba tensa y, al mismo tiempo, débil. También estaba helada, pero seca. Llevaba ahí mucho rato, esperando a que regresase del trabajo; maldijo entre dientes.

—Amanda, princesa...

Con un aleteo de pestañas, por fin sus pupilas lo enfocaron.

Su labio inferior tembló. El agente creyó morir cuando cayó la primera lágrima.

Siempre se le encogía el corazón cuando veía a alguien llorar, lo cual era habitual en su trabajo; quizá por eso tenía tantas pesadillas. Pero otra cosa era ver a Amanda, una mujer vital, risueña y llena de ganas de vivir, derrumbarse de aquella forma.

Ver llorar a su mejor amiga lo destrozaba por dentro, como si le disparasen directamente en el corazón.

Atrapó con el pulgar la humedad de su rostro. Quiso golpear la pared hasta que sus nudillos sangrasen al verla estremecerse. De dolor y desconfianza.

—¿Vamos a casa? —le preguntó, volviendo a atrapar otra lágrima.

Ella apenas atinó a asentir. Cuando quiso ayudarla, vio cómo se encogía sobre sí misma. Se alejó un paso para darle su espacio y aguantó estoicamente las ganas de interrogarla, de descubrir qué había ocurrido e ir a matar a ese desgraciado que la había golpeado.

Amanda se echó el pelo hacia un lado para cubrir el golpe. Se incorporó. Mejor dicho, lo intentó, pues no tenía fuerzas para levantarse. Su trasero volvió a aterrizar sobre el frío suelo.

Volvió a mirarlo. Fue como redescubrirlo, porque sus ojos se agrandaron como los de una niña pequeña.

—¿Max...?

—Sí, princesa mía. Estoy aquí. Siento haber tardado tanto en llegar —le echó su chaqueta por encima; al menos el forro térmico la haría entrar en calor hasta que lograrse le-

vantarla y llevarla hasta su apartamento—. ¿Quién te ha hecho esto?

Amanda negó con la cabeza, luego asintió y finalmente gruñó, encerrándose mejor en la chaqueta, como si fuese una coraza.

—Ayúdame, Max.

Aquel tono de súplica, mezclado con temor, estuvo a punto de hacerlo gritar de rabia, pero se contuvo.

—Terminará en la cárcel, te lo prometo —le cogió las manos entre las suyas. Estaban tan blancas, tan frías. Le besó los nudillos sin dejar de sostenerle la mirada—. Pero necesito que me digas quién ha sido.

Ella sollozó y se soltó de sus manos para cubrirse el rostro. Max sabía qué significaba aquello.

No había sido un atraco. Reconocía la humillación y la vergüenza en una persona que había sido maltratada.

Odió al tipo que la había vuelto tan vulnerable, que la había golpeado y la había herido de todas las formas posibles.

—Es demasiado poderoso. Nadie puede meterlo entre rejas. Ayúdame, Max —repitió, tartamudeando—. Solo tú... puedes sacarme de este infierno.

—Shhh, tranquila...

—Por favor... ayúdame. Cuando sepa que me he ido de Boston, vendrá a por mí... me matará.

CAPÍTULO 1

Brenda Montgomery siempre había odiado el rancho familiar. Por eso, nada más cumplir los dieciocho años, se había marchado del pueblecito donde se había criado. No tenía intención de ir a la universidad, tampoco pretendía atarse a la tierra como lo había hecho su familia y cómo iban a hacer sus hermanos cuando crecieran.

Blue Valley ya no era su hogar.

Durante mucho tiempo, había vivido a su antojo. Había vivido en la ciudad que había querido: Nashville, Chicago, Miami, Las Vegas, San Francisco, Charlotte... Hasta que se quedó embarazada y decidió asentarse en Nueva Orleans, donde tenía intención de vivir y ver crecer a su hijo ella sola.

Pero, poco después de dar a luz, había enfermado. Sabiendo que no le quedaba mucho tiempo de vida, había regresado a Blue Valley. Necesitaba ayuda. Necesitaba que alguien estuviera pendiente de su bebé y sabía que sus hermanos, ahora hombres hechos y derechos, no le darían la espalda.

Sus hermanos, sabiendo que pronto deberían convertirse en padres a la fuerza, habían derrumbado el viejo rancho familiar y habían construido tres casas, pared con pared. Pero, a simple vista, gracias a una única fachada y a un porche cubierto con una sola puerta principal, desde fuera parecía un gran rancho.

Como antes.

Pero totalmente nuevo.

Brenda había adorado aquella edificación: su pequeño iba a tener un verdadero hogar.

Un tiempo después, los cuidados en casa no habían servido de nada y tras varias semanas hospitalizada, Brenda perdió la batalla.

Desde su muerte, los Montgomery habían visto cómo sus vidas y sus rutinas cambiaban de la noche a la mañana. Sobre todo la del mayor de los hermanos.

Tanner ya tenía una hija, sabía de niños, así que era el tutor legal de su sobrino. Lo amaba como a un hijo. Pero estaba divorciado, y él solo no podía llevar dos críos y un rancho, así que sus hermanos habían tenido que hacer malabarismos para echarle una mano.

Habían ideado la teoría con Brenda, pero aplicarlo a la práctica había sido mucho más complejo de lo que habían imaginado.

Tardaron unos meses en habituarse, pero unidos habían conseguido ser una familia. No tan feliz como les gustaría, pues Brenda había dejado un vacío que nadie más podía llenar, pero se las apañaban bastante bien.

Remington era el encargado de preparar el desayuno aquel día. El fin de semana tendría guardia nocturna en la tranquila comisaría del pueblo y sería la última mañana que desayunaría en casa, hasta que fuese su compañera Rebecah quien tuviera turno de noche.

Se levantó pronto. Preparó café y zumo de naranja. Puso pan en la tostadora y preparó la mesa con minuciosidad.

Oyó los correteos en la casa de al lado y sonrió, meneando la cabeza. Los niños ya estaban despiertos, dispuestos a afrontar un nuevo día de colegio.

Seguramente la primera en aparecer sería su sobrina. Roth era más travieso y su hermano estaba mucho más rato con él, peleando para poder vestirlo y peinarlo.

—¡Buenos días, tío Remington!

Como si pensándola la hubiese invocado, Irina entró en la cocina rápida como un rayo. Se abalanzó sobre él, como hacía cada mañana. Remington la abrazó y la levantó en brazos para sentarla en su silla mientras le hacía cosquillas.

—¿Quién te ha hecho estas coletitas tan monas? —bromeó el jefe de policía, mientras tiraba de las dos coletas que sobresalían de la cabeza de su sobrina de seis años, que se quejó y lo apartó de un manotazo.

—Ha sido papá —la niña le sonrió con aire inocente—. ¿Puedes untar mi tostada? Por favor, tío Remington.

Remington se rio, pero terminó por untar con mermelada las tostadas de Irina, que sonreía satisfecha porque había logrado que su tío, el hombre con más autoridad de todo Blue Valley, le hiciera caso.

—No le digas a papá que no lo has hecho tú —le dio un beso en la mejilla mientras dejaba el plato delante de la niña, que estaba apurando ya su vaso de zumo.

—Será nuestro secreto —aceptó ella.

Aguantando la risa, Remington sirvió tres cafés. A los Montgomery no les gustaba el café extremadamente caliente y era mejor dejarlo reposar.

—¡Tío *Remiton!*

Remington sonrió y se agachó para recibir el placaje del pequeño Roth, que ya tenía tres años y medio.

Se parecía muchísimo a Brenda. Hacía poco más de un año que la habían perdido, pero no del todo. Cada vez que Remington miraba a su sobrino, veía en él su mirada, sus sonrisas y también ese gesto con el mentón que demostraba que estaba enfadado.

—Buenos días, campeón —le peinó el pelo con los dedos.

El niño nunca dejaba que Tanner le pasase el peine por sus indomables rizos rubios, que debía haber heredado de su padre, un extranjero europeo de nombre, apellido y edad desconocidos hasta por la propia Brenda.

—Ay —protestó, haciendo un puchero. Remington alzó las manos en señal de rendición y el niño sonrió, mostrando sus pequeños dientes de leche con total orgullo.

—¿Listo para desayunar y crecer tanto como yo? —lo alzó y se lo sentó sobre el hombro.

—Tío Nicky es el más alto —comentó Irina, mordisqueando su tostada.

Remington bufó, simulando estar ofendido.

Aunque en realidad no tenía tiempo para ponerse de mal humor. Era imposible enfadarse con ellos. Pero valía la pena fingir que sí. Ver sonreír a sus pequeños sobrinos, malcriarlos y reñirles de vez en cuando lo hacían sentir vivo. Trabajar y vivir en un pueblo de setecientos treinta y nueve habitantes como Blue Valley no era muy excitante, pero gracias a Irina y a Roth cada día era diferente.

—¡Tío Nicky! —Roth chilló y pataleó, pero Remington pudo poner al niño en su silla—. ¿Dónde está tío Nicky? ¡Quiero ver a tío Nicky!

—Deja, ya lo hago yo.

Tanner apareció en el vano de la puerta con aspecto cansado.

—Buenos días —le palmeó el hombro y Tanner le devolvió el saludo de la misma forma—. ¿Sabes algo de Nick?

—Debe de seguir durmiendo —comentó el mayor mientras le daba la primera tostada con mermelada a Roth, que reclamaba su vaso de leche.

Remington le dio la leche al pequeño de la casa y retiró el tazón de Irina, que había arrasado con todo a una velocidad supersónica.

—¿Puedo ir a lavarme los dientes? —preguntó la niña, saltando de su silla.

Tanner acababa de sentarse junto a Roth y le dio un sorbo al café antes de responder con una cálida sonrisa:

—Claro, cariño.

La niña salió escopeteada hacia el cuarto de baño. Los tres lavabos de los Montgomery contaban con dos cepillos

de dientes infantiles, muestras de que tío Remington y tío Nicky estaban encantados con los pequeños que llenaban sus vidas.

—No tan deprisa, muchacho —Tanner cogió en brazos a Roth, que también había bajado de la silla para imitar a su hermana. Lo sentó en su sitio, más que acostumbrado a sus enfurruñamientos y pataletas—. Tienes que acabarte las tostadas y mira, te queda todavía leche que beber.

—Pero... ¡yo *quiedo id* con Irina!

—Luego, Roth. Primero tienes que terminar de desayunar.

—Jo...

El pequeño dejó de patalear y de discutir en voz baja. Sabía que era imposible pelearse con su padre, y mucho menos cuando el tío Remington estaba tan poco comunicativo. No tenía nadie que lo defendiese, así que puso morritos y empezó a jugar con las tostadas.

Tanner se sirvió una segunda taza de café y puso mantequilla de cacahuete en el pan tostado, esperando que a Roth se le pasase pronto el enfado y desayunase como tocaba. Mientras, Remington le daba cuenta a una manzana y miraba por la ventana.

Aquel silencio había dejado de ser incómodo hacía tiempo. Remington incluso lo disfrutaba. Con dos niños entrando y saliendo de casa, era difícil tener un momento de paz como aquel.

Oyeron el chillido alegre de Irina y los dos supieron que Nick llegaba para desayunar.

El pequeño de los Montgomery apareció con el torso al aire y cargando sobre los hombros a Irina, como si fuera un neandertal y ella una doncella a la que acababa de raptar. Le tomaba el pelo y le hacía cosquillas.

—Nick, me la estás despeinando —protestó Tanner, escondiendo la sonrisa tras la taza de café para que su hija creyera que estaba molesto.